

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID....	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »
EXTRANJERO...	» año..... 15 »

DENUNCIA NÚM. 12

Doce. Ni una más, ni una menos. La docena justa. ¡Ah!... ¡Doce! ¡Número trágico! ¡Doce! Reflexionemos.

DON QUIJOTE molestará mucho á los señores, cuando con tanta furia se le persigue.

Debemos, pues, estar satisfechos de nosotros mismos. Estas frecuentes denuncias con que nos favorece el señor fiscal, demuestran que sabemos cumplir con nuestro deber.

Se impone, por tanto, un grito en honor de este humilísimo semanario:

—¡Viva DON QUIJOTE!

Y perdonen ustedes el desahogo.

¡Y hasta la próxima.

¡ADIÓS... TÚ!

Reproducimos á continuación, en letras muy grandes, para que se vean bien, las siguientes palabras pronunciadas por el Sr. Silvela en el Congreso.

Y los comentarios... ¡que los haga el fiscal!

“Para conservar el orden público, la escuela de Narváez no ha envejecido, y yo me honraré en practicarla.”

DIFUNTOS

Tan, tan.

Las campanas tocan á muerto, y mientras resurge en la mente de los buenos el desgarrador recuerdo de los seres queridos que fueron y no son, una muchedumbre embrutecida, harta de buñuelos y borracha de aguardiente, acude en orgiástica romería á profanar los cementerios, como si quisiera cantar el *Trágala* á los difuntos, ostentando en la propia morada de la muerte el júbilo grosero y egoísta de los que aún gozan de la vida.

Tan, tan.

Las campanas tocan á muerto, y en el corazón de la madre se reaviva la nunca extinguida memoria de aquel hijo, parido con dolor, criado entre angustias y privaciones, pedazo de sus entrañas, consuelo de su aflicción, amparo de su vejez, arrancado un día bruscamente de sus brazos para ser llevado allá á tierras remotas, tierras de fiebre y de traición, donde yacen sus restos en desconocida tumba, fecundando un suelo enemigo, si no es que fueron sepultados en el ancho Océano durante el siniestro regreso, ó si, más dichoso, no llegó acaso, extenuado y agonizante, al dintel del amado hogar para besarle y morir.

Tan, tan.

Las campanas tocan á muerto, y en el alma de la patria se renueva el duelo de sus recientes infortunios; una generación entera sacrificada estérilmente, una le-

yenda que se desvanece, un pasado de heroísmo y gloria que se disipa, un porvenir de prosperidad y grandeza que se malogra, todo abismado, hundido en una catástrofe tal como apenas registran otra los negros anales del desastre.

Tan, tan.

Las campanas tocan á muerto, y el soñador, desolado, asiste al sepelio de sus más generosos ideales, de los ensueños en que fantaseó un espléndido porvenir para la patria y la Humanidad, era de paz, de libertad, de amor y de justicia, cuya visión radiante, inspiradora de los entusiasmos de su juventud, trueca en espectro de sangre, violencia y reacción, la negra realidad de este luctuoso fin de siglo.

Tan, tan.

Las campanas tocan á muerto, y el pensador recorre melancólicamente ese gran cementerio de pueblos que se llama la Historia, evocando el fantasma de las naciones difuntas, muertas las unas de anemia, faltas de energía y exhaustas de ideal; asesinadas otras, asaltadas por bandoleros en una encrucijada del tiempo, y cuyo recuerdo fúnebre estremece con congoja de pesar y escalofrío de presentimiento...

La hoja seca se desprende del árbol como del corazón se desprenden la esperanza desvanecida y la ilusión marchita; un halito helado presagia para la Naturaleza la estación de la muerte; las pardas nubes derraman gota á gota las lágrimas con que llora el cielo los infortunios de la tierra; dentro del alma resurge la memoria desgarradora de los seres queridos que fueron y no son, en tanto una muchedumbre embrutecida, harta de buñuelos y borracha de aguardiente, acude en orgiástica romería á profanar los cementerios, como si quisiera cantar el *Trágala* á los difuntos, ostentando en la propia morada de la muerte el júbilo grosero y egoísta de los que aún gozan de la vida.

Y en el escenario de un teatro por horas, alguien, un histrión, un cómico de la legua, enarca las cejas, hincha los mofletes, se adelanta hasta las candilejas y remeda grotescamente las arrogancias del *burlador de Sevilla*, expectorando con voz campanuda aquellos versos tan ricos de eufonía como ayunos de sintaxis:

«No os podéis quejar de mí
vosotros á quien maté...»

No, los muertos no se quejan. Y una ruidosa pateadura de rebaño entusiasmado expresa el juicio de los vivos.

ALFREDO CALDERÓN.

¿DE ACTUALIDAD?

SONATINA

La princesa está triste, ¿qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.

La princesa está pálida en su silla de oro,
está mudo el teclado de su clave sonoro
y en un vaso olvidado se desmaya una flor.

El jardín prueba el triunfo de los pavos reales,
parlanchina la duena, dice cosas banales,
y vestido de rojo, piruetea el bufón.

La princesa no canta, la princesa no siente,

LOS BOERS

—En la pequeña república del Transvaal, hay minas de oro, y por eso los ingleses...
—¡Ahora lo comprendo todo!

—No van á dejar los boers ni un inglés.

—Mucho me alegro, porque así me verá libre de los ingleses que tengo.

—Dijo una vez Salisbury...

—¿Alguna *salisburrada*?

—Que á las naciones pequeñas había que dar de baja; porque esas naciones, chico, no servían para nada.

—Pues si eso dijo, los boers le pueden echar en cara que un pueblo pequeño hoy vence á la gran nación británica. Y es que los pueblos pequeños, cuando de luchar se trata por su santa independencia, ante el peligro se agrandan.

VICENTE RUIZ.

la princesa persigue por el cielo de Oriente la libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa acaso en el príncipe de Golconda ó de China, ó en el que ha detenido su carroza argentina, para ver de sus ojos la hermosura de luz?
¿O en el rey de las islas de las rosas fragantes, ó en el que es soberano de los claros diamantes, ó en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?

¡Ay! la pobre princesa de los labios de rosa quiere ser golondrina, quiere ser mariposa, tener alas ligeras, bajo el cielo volar, ir al sol por la escala luminosa de un rayo, saludar á los lirios con los versos de Mayo, ó perderse en el viento sobre el trueno del mar.

Ya no quiere el palacio, ni la rueda de plata, ni de halcón encantado, ni el bufón escarlata, ni los cisnes unánimes en el lago de azur. Y están tristes las flores por la flor de la corte, las camelias de Oriente, los nelumbos del Norte, de Occidente las dalias, y las rosas del Sur.

Pobrecita princesa de los ojos azules, está presa en sus galas, está presa en sus tulias, en la jaula de mármol del palacio real, el palacio soberbio, que vigilan los guardias, que custodian cien negros, con sus cien alabardas, un lebril que no duerme y un dragón colosal.

¡Oh, quién fuera hípssipila que dejó la crisálida! (La princesa está triste, la princesa está pálida.) ¡Oh, visión adorada de oro, rosa y marfil! ¡Oh, quién fuera á la tierra donde un príncipe existe (la princesa está pálida, la princesa está triste) más hermoso que el alba y más bello que Abril!

Calla, calla, princesa—dice el hada madrina— en caballo con alas hacia acá se encamina, en el cinto la espada y en la mano el azor, el feliz caballero que te adora sin verte, y que viene de lejos, vencedor de la Muerte, á encenderte los labios con su beso de amor.

RUBÉN DARÍO.

COLOQUIO INTERESANTE

Si las monedas que caen en los cepillos de las iglesias pudiesen hablar, he aquí sobre poco más ó menos lo que dirían:

—¿Quién te ha echado aquí?—preguntaría una á otra.
—Una señora que acababa de ganarme en lid deshonesta. ¿Y á tí?

—Un usurero que venía de firmar un documento que daría por resultado antes de un año la ruina y la deshonra de una familia.

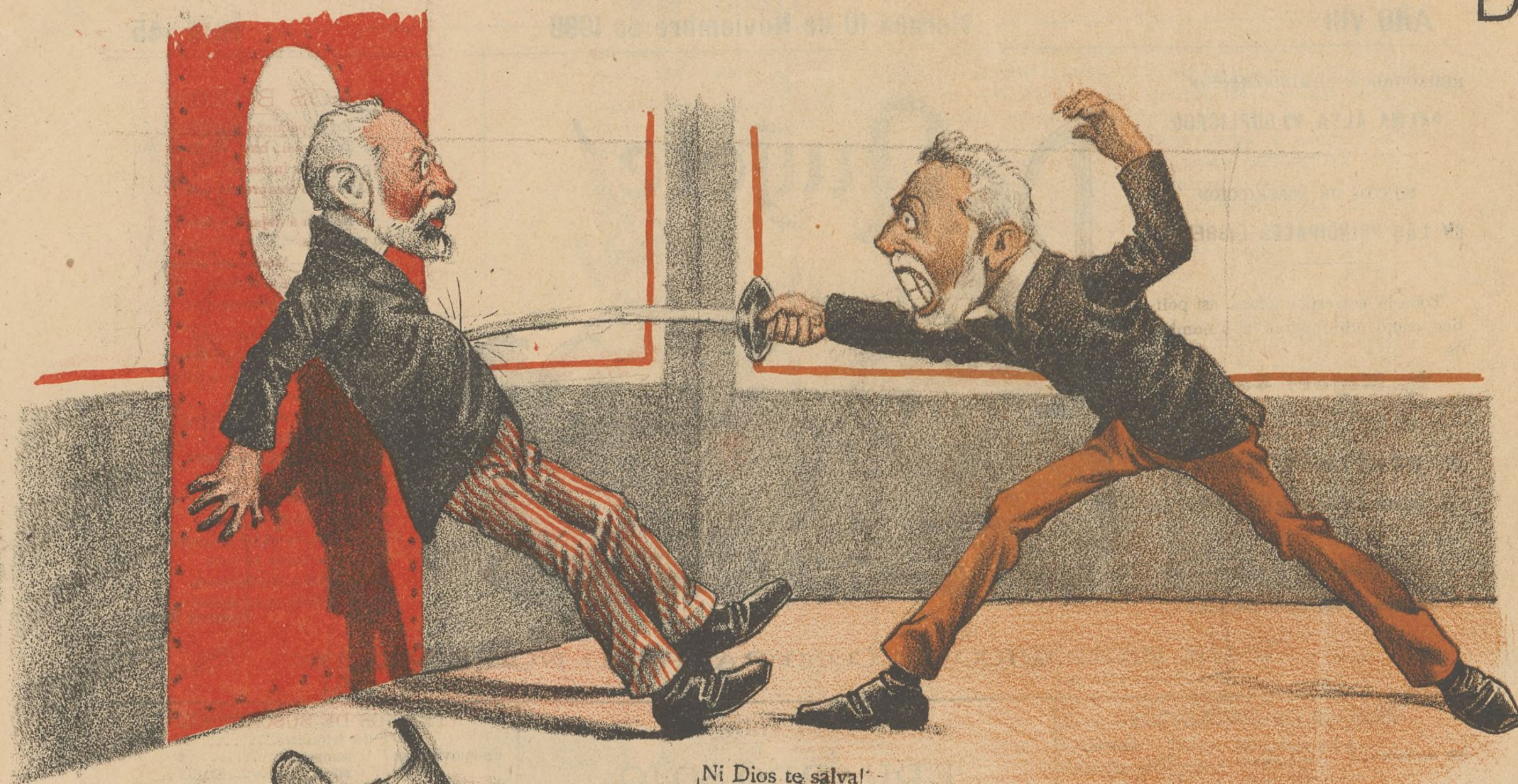
—Aquí estoy yo—diría otra al entrar. ¡Qué ganas tenía de salir de las manos de la Celestina, aquella que atisba detrás de la pila del agua bendita á todas las jóvenes que entran!

—Y á tí, la que estás retirada en ese extremo, ¿quién te ha traído?

—Una pobre madre que salió á comprar un panecillo para alimentarse, porque ya no podía tenerse en pie á causa del mucho tiempo que llevaba sin comer velando á su hija enferma. Al pasar por frente á la iglesia, entró y me echó aquí, después de besarme, para que Dios concediera á su hija la salud perdida.

—¡Hola, compañeras! Aquí estoy. Acabo de separarme de un fajo de billetes que entró por arte de Caco en el bolsillo del que me me llevaba.

DON QUIJOTE



¡Ni Dios te salva!



Cabezas de ministros.
Forreanaz.



Otra denuncia! Y van doce! ¡Gracias, señor fiscal!



—Mira, que si tú eres inglés, yo soy boer



Voy muy á gusto en el machito



Representación novísima de Hamlet



Se atascó el carro!

Lib. de la Viuda de M. Román. J. de la V. 22

—Vengo escandalizada—exclamaría otra al caer en el cepillo. Una niña, en cuya cara se veían las huellas del hambre, ha venido desde la esquina pidiendo a la beata que me posea una limosna, sin haber logrado convencerla. ¡Y ahora la beata me ha echado aquí con santa devoción!

—¿De dónde viene esa que ha sonado?

—Del bolsillo de aquella señora que pide a Santa Rita que vuelva a ella su amante.

—¡Paso, que mancho!—gritaría otra al asomar. He salido del bolsillo de aquel católico que se arroja a los pies del confesor en este instante, y que no le dirá seguramente lo que acaba de hacer con un jovencito a quien protege.

—¡A lo que obliga el miedo!—diría otra. La señora que me ha arrojado aquí; que viene por la mañana al templo, va por la tarde a que le echen las cartas, y corre por la noche a bailes de máscara, teme que su marido se le aparezca a perderle cuentas de sus liviandades, si es que está en el purgatorio, y se desprende a diario de alguna compañera nuestra, para que él pase al cielo y no haya entonces temor de que venga por acá.

Y a este tenor hablarían casi todas, y sostendrían coloquios más naturalistas aún, hasta que el cura abriese las puertas de su prisión, para trasladarlas a su bolsa, con el santo propósito de llenar con ellas su olla, vestir a su ama, jugar al tresillo en casa del boticario y satisfacer todas las necesidades de la vil y despreciable materia; que tal origen suelen tener y por tales medios suelen ir muchas monedas a las manos del representante de una religión puramente espiritual.

JOSÉ NAKENS.

JEN QUÉ QUEDAMOS?

Vertiendo llanto abundante,
solloza desesperado,
el pescador más honrado
de la costa de Levante;
y jura, mientras solloza,
morir antes que mirar
el embargo de su ajuar
de sus redes y sus choza.
Seis mil reales debe el pobre,
que reclama un usurero,
y él no tiene más dinero
que algunas piezas de cobre.
¡Qué noche de padecer!
Las deudas acaban de dar
y el plazo para pagar
espira al amanecer.
No pudiendo resistir
su dolor el pescador,
en el colmo del dolor
siente el ansia de morir.
Y su suerte decidida,
¡menguada y terrible suerte!
corre al mar hacia la muerte,
cual antes tras de la vida.
Cerca ya de su destino,
nuestro pescador tropieza
y viene a dar de cabeza
en la mitad de un camino.
El tumbó, como iba ciego,
fué, en verdad, más que mediano;
pero al extender la mano
la pisa sobre un talego,
que al golpe de ella delata
su precioso contenido,
con el vibrante sonido
que es peculiar de la plata.
Se levanta sin tardar,
vuelve atrás el pescador
y vuelca el bolso al amor
de la lumbre del hogar.
Mil... dos mil... ¡Oh! ¡Seis mil reales!
¡Milagro de Dios seguro!
¡Milagro! ¡Duro por duro,
trescientos pesos cabales!
Con cristiana efervescencia
dirige al cielo sus ojos
y cae el infeliz de hinojos
exclamando: ¡Hay Providencia!

II

¡Oh, Dios! En el mismo instante
corría al mar desolado
el labrador más honrado
de la costa de Levante.
Quinto el hijo de su amor,
iba a la guerra a partir
sin poderle redimir
el honrado labrador...
¿Qué sacrificios no hará
para obtener el dinero?
Le hablaron de un usurero,
y al usurero se va.
La casa, el huerto, la yunta,
todo lo ha empeñado, todo,

y gracias que de estemodo
los treientos duros junta.
Eslavo será, de fijo,
a la larga o a la corta
de aquel hombre; mas ¿qué importa
si no le arrancan su hijo?
Estando ya en los umbrales
de su casa el buen labriego,
ve que ha perdido el talego
en que echó los seis mil reales.
Su mula, en la oscuridad,
le derribó en un mal paso...
allí lo ha perdido... acaso
aún esté allí... ¡Qué ansiedad!
Y al sitio parte ligero,
hallando en él en seguida
las huellas de la caída...
¡pero no las del dinero!
Allí, con su duelo a solas,
clama a Dios, mas clama en vano.
Sólo escucha el son cercano
de las agitadas olas.
En su desesperación,
corre a la orilla anhelante,
huella la mole gigante
de fantástico peñón,
y con súbita violencia,
de Dios el triste dudando,
se arroja al mar exclamando:
¡Mentira, no hay Providencia!

SEGOVIA ROCAVERTI.

LANZADAS

—Señor: Narváez ha resucitado.

—Que sea enhorabuena.

—No lo tome a chanza vuesa merced. El presidente del Consejo de ministros, el propio Sr. Silvela, el hombre del sentido jurídico y de la selección con Corzana, el sujeto de la daga florentina, ha reencarnado, como dicen los espiritistas, en el gran tirano D. Ramón María Narváez, y cátese que ya padecemos otra vez en el poder al ilustre duque de Valencia, al hombre de la noche de San Daniel.

—Pues te repito la enhorabuena.

—Mire, señor, que las cosas se van poniendo cada vez más grises, y que el Sr. Silvela, a pesar de llamarse liberal, es todo un reaccionario, y que hay en él maderera de tirano.

—Mejor que mejor.

—¿Y qué dice vuesa merced de Villaverde? Ese, a pesar de ser un hombre del 69, me parece un *inmoderado* a lo González Bravo, capaz de todo, por salirse con la suya...

—Lo celebrego.

—Le digo a vuesa merced, señor, que ha resucitado el partido de la *inmoderación*, y que lo tendremos en el poder hasta que Dios se sirva disponer otra cosa. Esto hay que decirlo en verso y con música.

«¿Y para ver tal situación
se armó la gran revolución?»

Y luego dicen, señor, los que presumen de saberlo todo, que los tiempos no se repiten. ¿Pues qué, no parece que España ha retrotraído al año 40? ¿No son estos tiempos los mismos que aquéllos? ¡Buen modo tiene de despedirse de nosotros el siglo XIX!

—Calla, Sancho, y no anatematizes del porvenir. Es mucha verdad todo lo que has dicho anteriormente. España ha dado un salto atrás, un salto en las tinieblas, y hemos otra vez en plena reacción; los contribuyentes declarados sediciosos, la prensa perseguida, las Cámaras de Comercio amenazadas, el jesuitismo triunfante, la estultez dictando leyes... Pero cree, Sancho, que tras estos tiempos vendrán otros, y que, como dirías tú, al freir será el reir...

—Tiene razón vuesa merced: al freir será el reir.

—Y nosotros que lo veamos.

LO IDEAL EN EL REAL

Se representaba *Lohengrin*, la hermosa leyenda alemana puesta en música por Wagner. Yo, sentado en una butaca, seguí con atención creciente, más que los geniales acordes de la orquesta, el asunto que los inspiraba: la historia de aquellos amores, melancólicos como los tonos del cielo germano, y poéticos como la superficie silenciosa y azul de los inmensos lagos que se extienden por la patria inmortal de los sueños y de las quimeras.

¡Qué maravillosa tradición la del héroe sobrehumano que, caballero en un cisne de blanquísimas plumas, avanza al encuentro de la virgen enamorada y la protege con su brazo y proclama a la faz del mundo su inocencia, y se une a ella y la hace disfrutar los goces de un amor divino, para abandonarla luego y sumergirse en el seno de las aguas tranquilas, hasta cuyo fondo llega la luna quebrándose en haces luminosos que alumbran el fantástico palacio de aquel genio protector y sublime!

Con ser falsos, con ser imposibles todas estas imá-

genes, todos estos hechos sobrenaturales que brotan de la imaginación del hombre cuando quiere justificar el nacimiento de un pueblo o de una raza, atraen, seducen y provocan el deseo de verlos transformados en realidad, ya que la realidad en sí, ofrece tan escasas bellezas y tan pobrísimos encantos.

Desde el escenario donde se desarrollaban tales artísticas escenas, volvíanse mis ojos a la espaciosa sala, y parecían ella marco perfecto para contener los fantásticos personajes del poema alemán. La blanca luz de las lámparas eléctricas se reflejaba con iguales y enérgicos matices en los dorados adornos, en el oscuro y reluciente terciopelo, en las balastradas de madera y en el caprichoso conjunto de la techumbre, para deslizarse después con suave y mimoso resplandor por las espaldas desnudas de cientos y cientos de mujeres encantadoras, para morir temblando entre los pliegues de un justillo de seda, hipócrita encubridor de las desnudeces del seno, para subir lascivamente por la robusta curva de unos hombros, para acariciar las líneas, ora esculturales, ora atrevidas y graciosas, de aquellos rostros embellecidos por una sonrisa de placer o por un gesto de satisfacción y de ventura... ¡Espléndido serrallo donde la imaginación, más rica que todos los sultanes de Oriente, podía escoger a su gusto, sin temer al cansancio y burlándose del hastío!

Entre aquellas mujeres había una que llamó singularmente mi atención. Rubia, delgada, esbelta, vestida de blanco, con un sencillo prendido de flores en el pecho y apoyada la barba sobre una mano pequeña y nerviosa, seguía ella también con afán indudable la historia de Lohengrin y la inmensa pasión de la virgen de la leyenda. Los ojos azules de esta otra virgen, ataviada a la moderna, resplandecían con infinita y melancólica ternura, mientras sus labios, entreabiertos, semejaban aspirar con deleite la atmósfera de majestad y de belleza con que envuelve a su héroe el poeta alemán.

—Ella también—murmuraba yo para mis adentros—soñará con un amor casi divino, exento de impurezas, de egoísmos y de traiciones; plético de desinterés y de ternura; exuberante de fantasía y de pasión. Acaso por los rincones de su cerebro danza la imagen de un Lohengrin que, si no va vestido de plata, ni vive en las transparentes profundidades de un lago, será bello, fuerte, generoso, poético... Tal vez ese Lohengrin existe; sin duda se esconde en aquella fila de butacas, adonde esta preciosa criatura dirige sus gemelos, y que yo no alcanzo a distinguir desde la mía.

¡Dichosa ella si es adorada por un ser de tan excepcionales condiciones!... ¡Dichoso él si posee el amor de esa niña a quien sólo le falta destrenzarse la cabellera para convertir en carne el sueño de amores acariciado por un juglar en el brumoso horizonte de la Germania!...

El último acto tocaba a su término. Lohengrin, despidiéndose de su adorada y arrojando en sus brazos el fruto divino de su amor, desapareció en las profundidades del lago, y yo abandoné mi butaca y me dirigí precipitadamente al *foyer*, para contemplar de cerca a la mujer rubia que tan en consonancia estaba con la obra que concluía de representarse.

No tardó en aparecer delante de mis ojos, arrebujaado el cuerpo en amplio y elegante abrigo de seda, y acompañada por una anciana respetable, que debía ser gran persona, a juzgar por los innumerables saludos que la hicieron a su paso por el *foyer*.

—¿Dónde está tu novio?—dijo aquella señora a la niña.

—No sé—respondió ésta;—no lo veo. Y se puso a registrar con sus ojos azules y dormidos todos los ámbitos del salón.

—¡Ah!—murmuré yo;—la virgen tiene su Lohengrin. Y voy a conocerlo ahora mismo—añadió—al ver que la muchacha, volviéndose a la anciana, exclamó:

—¡Ahí está!

Envuelto en un gabán de pieles, y apoyándose en un bastón con puño de plata, avanzó hacia la joven un mozalbete delgaducho, enclenque, mal configurado, de rostro cetrino y ojos saltones y faltos de expresión. En el dedo anular de su mano izquierda brillaba un diamante de gran precio; y cuando se quitó el sombrero para saludar a las damas, dejó al descubierto una frente estrecha y deprimida, que acusaba la imbecilidad más absoluta.

—¡Vaya un Lohengrin! ¿Y estos son los amores de una virgen?—exclamé yo con rabia, como si hubiese recibido un insulto.

—Vuestro carruaje no ha venido aún. Os ofrezco el mío—dijo el mozalbete.

—Vamos—repuso la anciana.

Y se dirigieron hacia la puerta del *foyer*.

—¡Ahora se explica todo!—murmuré yo riendo por lo bajo, al ver el vehículo que el tísico galán ponía a disposición de la joven.

No era precisamente un cisne; pero era una berlina de todo lujo, tirada por dos caballos que valían un dineral.

JOAQUÍN DICENTA.

Biblioteca de "DON QUIJOTE"

El Padre Sanz, por Pedro Barrantes. (Denunciado.)

Don Carlos, por Miguel Sawa. (Denunciado.)

Polavieja, por Pedro Barrantes. (Denunciado.)

El Padre Montaña, por Gil Blas de Santallana. En prensa.

WEYLER

POB

PEDRO BARRANTES

Precio de cada folleto: 20 céntimos.

Imprenta de A. Marzo, Apodaca, 18.